

## **José Luis Melgarejo Vivanco**

Una geografía y un paisaje casi siempre misterioso dictan el conjunto de prácticas metodológicas y organizan la narrativa tan sobria como trascendental de José Luis Melgarejo Vivanco. Como los buenos arquitectos, Melgarejo Vivanco es, primero, un gran intérprete de un territorio, para después escribir, contrastar fuentes, códigos, documentos notariales, parroquiales y administrativos, manejando todos esos materiales con respeto por las huellas de todo lo vivido.

La arqueología mexicana siempre ha tendido a lo arquitectónico monumental: le conmueven las grandes pirámides, los juegos de pelota, los murales, las estelas. Hasta cierto punto es comprensible, siendo México un país tan rico en vestigios monumentales.

Melgarejo Vivanco formó parte importante de este movimiento, pero también de otro paralelo: el que considera a la arqueología como una búsqueda de las señales y los indicios mínimos a partir de los cuales se puede reconstruir la vida práctica cotidiana, los comercios, la agricultura, las fases de la historia de una sociedad. Este minimalismo —si se me permite decirlo así— vale también para los libros de historiografía y etnografía escritos por Melgarejo Vivanco.

Semejante actitud no puede ser descrita sino como profundamente saludable, pues supone una tarea que consiste en no quedarse en y con lo que las ciencias humanas, con su lenguaje impersonal o aparentemente impersonal, son capaces de fijar estableciendo relaciones controlables y describiendo estructuras exactas.

Éste fue el material que Melgarejo Vivanco orquestó en su lengua personal y con un gran riesgo. Hay un saber sobrio y escrupuloso, claro, pero dicho saber es asumido por el interés vivo con que el historiador toma la consideración de los objetos del pasado, confrontados con el presente, donde no estamos solos y donde no queremos estar solos.

En la medida en que son libres para escoger sus objetos, y originales en cuanto a su lenguaje y sus métodos, los libros de Melgarejo Vivanco alían, a mi juicio, ciencia y poesía. Son, al mismo tiempo, comprensión del lenguaje del otro e invención de un lenguaje propio; manifestaciones de un sentido comunicado y creadores de relaciones inesperadas en el corazón del pasado, y que se proyectan al presente.

Melgarejo Vivanco, que lee el mundo y se da a leer por el mundo, reclama la puesta en obra simultánea de una hermenéutica y de una audacia aventurera. De ello resulta una serie de exigencias casi imposibles de satisfacer enteramente. Formulémoslas, de todos modos, antes de ceder la palabra a los verdaderos especialistas, a fin de contar con un imperativo que nos oriente: las humanidades deben siempre estar atentas a la respuesta precisa que las obras o los objetos interrogados devuelven a sus preguntas. Pero al mismo tiempo, no deben perder nunca su servidumbre a la claridad y la belleza del lenguaje. Finalmente, cuando llegue el momento, el investigador de este campo soltará amarras e intentará a su vez él mismo hacer una obra, con su propia y temblorosa autoridad.